

«En busca de la vigésima persona»

Inoue Areno

Cuando me acerqué a la puerta de entrada me llegó el aroma a guiso de pollo. Recordé entonces al joven que había conocido hoy. En nuestro curioso encuentro, me informó de que yo era su “vigésima persona”.

Se dirigió a mí cuando regresaba a casa tras visitar la biblioteca frente a la estación. La manera en que me saludó era la típica de esas personas que intentan engañar a ancianos como yo para que entreguen todo el dinero que llevan encima. No obstante, había algo agradable en la voz de este joven, por lo que, sin bajar la guardia, me giré y respondí a su saludo.

—Ya estoy en casa —dije, asomándome a la cocina antes de subir a mi habitación.

—Hoy cenaremos guiso de pollo —comentó mi hija Sakiko con una sonrisa mientras picaba algo sobre la tabla de cortar.

A mi esposa y a mí siempre nos preocupó que fuera una niña tan delgada a pesar de todo lo que comía. Sin embargo, a sus casi cincuenta años, tenía unos kilitos de más aunque comiera solo lo justo.

—Sí, ya lo he oido al llegar a casa.

—Siempre te ha gustado este plato, ¿verdad?

Afirmé con una sonrisa. Me preguntó si tenía la intención de bañarme, pero decidí dejarlo para después de la cena. Hoy había llegado un poco más tarde de lo habitual debido a mi encuentro con aquel joven.

Desde hace cerca de medio año vivo en la casa que mi hija Sakiko y su marido Yōsuke compraron en las afueras de Tokio. Ya tengo una cierta edad y les preocupaba que viviera solo, por lo que me invitaron a venir. Mi casa en Sendai está ahora a la venta, pero nos está costando

encontrar un comprador, por lo que seguramente tendremos que bajar su precio en breve. Cuando la venda, me quedaré una pequeña parte para mis gastos y entregaré el resto a mi hija y su marido.

La habitación que me han asignado está en el primer piso y mide unos siete metros cuadrados. Al otro lado del pasillo se encuentra la habitación de mi nieto Natsuo. Me llega música desde su cuarto, por lo que debe haber regresado ya a casa. Natsuo tiene dieciocho años y está a punto de entrar en la universidad. Estuvo un poco deprimido durante el mes de abril porque no lo aceptaron en la universidad que había escogido como primera opción, pero recuperó el ánimo en mayo. Creo que la sencillez es algo que ha heredado de su padre. Es un chico tímido, pero también puede ser muy amable. Teniendo en cuenta los tiempos que corren, estoy orgulloso de cómo lo han criado.

Cuando entré en mi habitación, Natsuo bajó el volumen de la música. Era su forma de saludarme tras volver a casa.

Me disponía a salir de mi habitación porque no tenía nada que hacer cuando subió mi hija para avisarme de que hoy Yōsuke llegaría pronto y que por fin podríamos cenar todos juntos. Me preguntó si no me importaría esperar media hora a que llegara y acepté sin dudarlo. Mientras tanto, decidí ir a darme un baño.

Fue una buena idea bañarme antes de cenar, pues así podría recordar mi encuentro con aquel joven. Mientras me relajaba en la bañera, intenté recordar sus facciones. Al principio me pareció un estudiante de instituto, pero hablando con él me di cuenta de que tendría unos veintidós o veintitrés años. Quizás no aparentaba su edad porque era un chico afable. Tenía una belleza de otros tiempos, ya que se asemejaba al actor Keiji Sada cuando era joven. Sin embargo, me dio la impresión de que no era el prototipo de hombre en el que se fijarían las chicas de hoy en día.

—¿Podría hablar con usted un momento? —preguntó aquel joven.

Al final resultaba que quería venderme algo. O quizás era una de esas personas que intentan captar adeptos para una secta. En cualquier caso, decidí atenderle. La visita a la biblioteca había sido aburrida, pues los libros que me interesaban estaban reservados y no pude llevarme ninguno a casa. Así que pensé que burlarme de aquel chico le daría algo de emoción al día. Si fuera el caso, también confiaba en poder indicarle el camino a seguir.

El joven me condujo a una cafetería situada dentro del centro comercial frente a la estación. Era un sitio en el que había estado solo una vez. A pesar de encontrarnos en el centro de Tokio, en aquel barrio no abundaban las cafeterías. Bueno, en realidad sí que había muchas cafeterías, pero... en ninguna eran capaces de preparar un café tan delicioso... como el que mi mujer y yo solíamos tomar en aquel local de Sendai.

En la primera planta del centro comercial se sucedía una hilera de establecimientos de estilo occidental y la cafetería se hallaba apartada en una esquina. Cuando entré la otra vez, me dio la impresión de que tenía algo especial, pero me llevé una decepción al probar el café. Hoy, sin embargo, no iba en busca de un buen café, por lo que seguí al joven sin rechistar.

Los dos pedimos un café. En mi caso fue un *Kilimanjaro*, que era la recomendación del día, mientras que él se decidió por un *Blue Mountain*. Teniendo en cuenta la calidad de esa variedad, me pareció que era un desperdicio pedirla en un sitio como este. No nos dirigimos la palabra hasta que trajeron el café. Parecía que el joven no sabía cómo empezar y es posible que esperara a que yo iniciara la conversación. Tomé un sorbo, fruncié el ceño y pregunté:

—¿Y bien?

—Usted es mi vigésima persona —declaró entonces.

—¿He oído bien lo que has dicho?

—Sí, verá, desde los veinte años he estado buscando a mis veinte personas. Y finalmente hoy he encontrado a la vigésima. Se trata de usted.

Ahora era yo el que no sabía qué decir y volví a fruncir el ceño. ¿Acaso estaba intentando convencerme de que me uniera a una secta? De todas formas, tenía curiosidad por saber de qué iba todo esto.

—Existe un juego llamado “En busca de la vigésima persona” —siguió explicando.

Me disponía a salir del baño tras vestirme cuando se abrió la puerta de casa. Era mi yerno Yōsuke.

—Ya has regresado.

—Sí, disculpe haberle hecho esperar —saludó levantando la mano y haciendo varias reverencias.

Se comportaba de una forma algo cómica, pero sabía que sus disculpas eran realmente sinceras. Encajaba bien con mi hija, por lo que había sido una buena decisión que se casaran.

La cena estaba lista, pero no empezamos a comer hasta que Natsuo se decidió a bajar tras el tercer aviso de su madre. Además del humeante guiso de pollo, Sakiko había colocado sobre la mesa una ensalada de tomate, una especie de salteado de verduras y tallos de ruibarbo cocinados al vapor. El mantel era de fondo blanco con motivos en forma de espigas de arroz de color naranja, negro y un azul apagado. No estaba seguro de si lo habían comprado recientemente, pero me parecía haberlo visto antes. En concreto, me recordó a hace mucho tiempo... a nuestra casa en Sendai, cuando mi esposa aún vivía. Quizás fuera una de las cosas que Sakiko decidió quedarse cuando hicimos la limpieza final de la casa antes de ponerla a la venta.

Yōsuke llenó mi vaso de cerveza mientras Sakiko me servía el guiso de pollo. Los únicos que bebíamos éramos Yōsuke y yo. Mi hija me sugirió que probara la *mozzarella* y me serví un poco de ensalada de tomate.

—¿Te gusta?

—Sí, tiene un buen sabor.

—¿A que es deliciosa? La producen en Hokkaidō y la compré por internet. ¿Cómo está hoy el guiso?

—Está rico —confirmé tras probar una cucharada.

—Yo también creo que me ha quedado sabroso, pero no puede compararse con el que preparaba mamá. O, más bien, diría que es diferente. ¿Tú qué opinas, papá?

—No es tan difícil preparar un guiso de pollo, ¿no? —intervino Yōsuke antes de que yo respondiera.

—Es precisamente en los platos sencillos donde se nota la diferencia —comentó Sakiko haciéndole ver que él no entendía de estas cosas.

—Entiendo —aceptó Yōsuke llanamente.

Al igual que a mí, a Yōsuke no le interesaba especialmente la cocina. Sakiko había heredado esa pasión de su madre.

—Algo similar ocurre, por ejemplo, con la forma de cocer la harina de un *roux*.

—¿Entonces no usas un *roux* ya preparado?

Yōsuke pronunció las mismas palabras que yo hace tiempo, y Sakiko levantó las cejas con un gesto de exasperación que me recordó al de mi esposa en aquella ocasión.

Sonréí con amargura. No por lo que había dicho Yōsuke, sino porque en realidad a mí no me gustaba especialmente el guiso de pollo. Si acaso, era la comida preferida de mi esposa, aunque creo que era un plato que disfrutaba más cocinando que comiendo. Cuando me preguntaba cómo le había quedado, yo siempre respondía que estaba delicioso, por lo que dieron por hecho que era mi plato favorito.

—El guiso de pollo está rico —añadió Natsuo—, pero yo prefiero el curry.

—¡Ya basta! —nos cortó Sakiko.

Suspiré aliviado, ya que, a pesar de su reacción, era obvio el amor que mi hija sentía

hacia su familia. Sin embargo, al igual que mi nieto, deseé ser capaz de decir lo que realmente pensaba.

—¿Hoy también fue a la biblioteca? —se interesó mi yerno.

Respondí afirmativamente. Para no aburrirlos con el tema de que no había podido tomar prestados los libros que buscaba, decidí hablarles del chico que había conocido.

—Hoy me pasó algo curioso, pues me propusieron participar en un juego.

Como me había explicado aquel joven, el juego consistía en seleccionar a la persona adecuada dondequiera que estuviera y alcanzar el número total de veinte. Cuando encontrara a esa vigésima persona, debía explicarle el juego y pasar el testigo.

—¿A qué te refieres con seleccionar a la persona adecuada? —le pregunté al joven en primer lugar.

En la cafetería se oía una versión para piano del tema *Yesterday*.

—Me refiero a una persona que entre en su campo de visión. Una persona que le llame la atención, o alguien a quien crea que merece la pena contar. Como su nombre indica, se trata de seleccionar a una persona que considere adecuada. No obstante, debe ser una persona que no conozca. No vale elegir a un familiar o a un amigo. Tampoco sirven los famosos. En el caso de que elija a una persona y se dé cuenta más tarde de que se fijó en ella porque era famosa, debe eliminarla de su selección.

—¿Y no debo hablar con las primeras diecinueve personas?

—No. Solo debe contarlas mentalmente, a diferencia de lo que ocurre al llegar a la vigésima persona.

—¿Quiere esto decir que ya has acumulado a diecinueve personas siguiendo estas reglas?

—Así es. Me pasaron el testigo cuando tenía veinte años y llevo tres años seleccionando a mis veinte personas.

—¡¿Tres años?!

—No existe un periodo de tiempo concreto. Se puede completar el juego en una semana o incluso en un día. También es posible seleccionar a diecinueve personas en un día y dedicar un año entero a seleccionar cuidadosamente a la vigésima.

Mientras cenábamos, expliqué a mi familia en qué consistía el juego. Intercalé cada una de mis preguntas con las respuestas que me dio el joven, reuniendo así los puntos más importantes. Creo que me expliqué correctamente.

—Me pregunto si tiene que ver con alguna secta religiosa —comentó Yōsuke tras contarles lo esencial.

A continuación, me ofreció un poco más de cerveza, pero decidí no tomar más. No es que odie el alcohol, pero se me sube rápido a la cabeza y con una copa ya me es suficiente para abrir el apetito.

—Yo también pensé lo mismo, pero no se trata de una secta, sino de un juego.

—Ya, pero incluso siendo un juego, quizás sería mejor que no se involucrara mucho en algo así.

—Pero no es un juego peligroso. De hecho, no me preguntó mi dirección ni mi nombre. Incluso dejó en mis manos la decisión de participar o no —respondí, dándome cuenta de que yo tampoco le había preguntado su nombre.

—Hace un tiempo existió un juego similar en el que yo participé. Se llamaba “La carta de la mala suerte”. Debías transcribir el contenido de la carta de forma exacta y enviarlo a veinte personas. Si no lo hacías, tendrías mala suerte.

Recordé entonces que Sakiko había recibido una de esas cartas cuando tenía seis o siete años. En aquel momento le dije que aquello era un engorro para quien la recibía y que no tenía por qué contestar, pero mi hija estaba preocupada por atraer a la mala suerte y se echó a llorar. Mi esposa me regañó por la noche cuando estábamos solos en el dormitorio. Según ella, debería

haberle dejado hacer lo que quisiera. Todavía recuerdo con claridad el detalle en forma de pequeñas flores azules de la funda de almohada que ella cambió mientras me regañaba.

—¿A veinte personas? ¿No era solo a diez? En cualquier caso, debía ser un engorro escribir veinte cartas —añadió Yōsuke, haciendo referencia a “La carta de la mala suerte”, y me preguntó—: ¿Por qué en su juego se elige a veinte personas? ¿Y por qué debe hablar con la vigésima?

Sus palabras me cogieron por sorpresa. ¿Por qué eran veinte? No me había preguntado esto antes y tampoco sabía cómo responder.

—Bueno, es más sencillo que escribir cartas. Al menos, solo hay que contar mentalmente las primeras diecinueve personas.

—Y también se puede hacer trampas —observó Natsuo.

—Es posible que el que inició el juego cumpliera veinte años y deseara celebrarlo de alguna forma —sugirió Sakiko.

Yōsuke asintió al instante.

Tras *Yesterday* fue el turno de *Sound of Silence*. Me refiero a la música que sonaba en aquella cafetería. Eran canciones que me gustaban y tenía ambas en vinilo. También había comprado el CD de Simon & Garfunkel. Sin embargo, solo conocía las versiones originales y aquellas melodías al piano me parecían un desastre. Además de por su café, la música era la otra razón por la que había decidido no volver nunca más a esta cafetería.

—Sé que suena extraño —indicó el joven al ver cierta confusión en mi rostro.

—¿Qué te motivó a participar en este... juego de la vigésima persona? —le pregunté para mostrarle mi interés en seguir hablando.

—Cumplía precisamente veinte años el día que me lo explicaron. De ahí que me decidiera a participar.

Claro, aquello era lo que me había dicho el joven. Tal como había intuido Sakiko, la regla de las veinte personas estaba relacionada con la edad del fundador del juego.

—La persona que me lo contó fue una señora de unos cuarenta años. Me hizo un poco feliz saber que me había elegido a mí como a su vigésima persona.

—¿No pensaste entonces que aquella mujer estaba un poco... mal de la cabeza o que estaba mintiendo? —pregunté, añadiendo mentalmente que esa duda también se la podía plantear a él yo mismo.

—¿No cree que uno es capaz de percibir algo así si se fija en la expresión de la otra persona o en su forma de hablar? No parecía que estuviera mintiendo ni delirando. En cualquier caso, no me importa si realmente fue así. Al fin y al cabo, creerla o no era decisión mía.

Sus ojos brillaban mientras pronunciaba estas palabras y me pregunté si esto podría darme pistas sobre cómo interpretarlo.

—¿Y entonces por qué me elegiste a mí? ¿Qué hizo que tus ojos se posaran en un abuelo como yo?

—No hay una razón concreta. Sencillamente me fijé en usted —respondió con una leve sonrisa.

Yo también sonreí, pues me pareció una buena respuesta. No me eligió por poseer algún encanto especial o porque yo tuviera una presencia imponente. Simplemente había aparecido allí por casualidad y se fijó en mí.

—Ya he elegido a mi primera persona —comenté.

—¿Qué tipo de persona es? —se interesó Sakiko.

—Se trata de una niña de unos trece años...

Intenté darle más detalles, pero no conseguí recrear su imagen en mi mente. Hoy había hablado bastante y probablemente me encontraba cansado. Cogí algo de pollo, y volví a posar

la cuchara sobre el plato. Me di cuenta de que no es que este guiso no me gustara especialmente, sino que apenas me gustaba.

—Entró en la cafetería cuando yo estaba todavía hablando con el joven. Iba con su madre...

—¿Y no elegiste a su madre?

—No era una mujer adecuada para mi lista.

Al ser incapaz de recordar la imagen de esa niña, sentí que mis palabras eran cada vez menos precisas. Natsuo me miró con cierta sorpresa.

—Suegro, ¿dijo que esa cafetería estaba en el primer piso? —preguntó Yōsuke.

Mi yerno bebía ahora sake. Era un hombre que toleraba bien el alcohol mientras comía.

—Así es. La cafetería está en una esquina del primer piso de ese centro comercial que hay frente a la estación. Es un establecimiento un tanto simple.

—Pero ¿no es el local que cerraron? ¿Allí donde ahora hay una tienda de cien yenes?

Entonces lo recordé. Si no era para tomar algo en aquella cafetería, no tenía mucho sentido ir a un sitio frecuentado por jóvenes. Por eso hacía tiempo que no visitaba ese centro comercial. No supe cómo responder a mi yerno y bajé la vista al plato del guiso.

—Papá, ¿vuelvo a calentarte el guiso en una cazuelita?

Cuando levanté la cabeza y observé a Sakiko, me di cuenta de que ella ya lo sabía desde hacía un rato. No era solo ella, pues Natsuo también estaba mirando hacia otro lado. Es más, no era algo que hubiera ocurrido solo hoy, sino que probablemente ellos dos sabían lo que pasaba cuando me escuchaban hablar durante la cena.

—Tengo razón, ¿no? —dudó Yōsuke, buscando la aprobación de su mujer y su hijo.

Por supuesto, su propósito no era acorralarme. Simplemente se trataba de que no solía cenar con él, a diferencia de lo que sucedía con Sakiko y Natsuo.

—Debo de haberme equivocado —comenté en voz baja.

—Papá, el guiso ya estará frío, ¿no? —preguntó Sakiko cuando parecía que Yōsuke iba a decir algo más.

—No, está bien —aseguré, cogiendo algo de guiso con la cuchara—. Ya me queda poco para terminar.

—Gracias por la cena —murmuró Natsuo mientras se levantaba.

Seguramente no sabía cómo reaccionar y decidió huir del comedor. Yōsuke aún parecía un poco confundido.

En realidad, odio el guiso de pollo. A estas alturas me parecía que ya era hora de decirlo y estaba pensando en hacerlo, pero al final desistí. Seguí masticando con esfuerzo aquella carne de pollo que ya estaba tibia.